**CAPÍTULO I**

**MI NUEVO HOGAR**

Me llamo Fernando Molinero Torrijos y he asesinado a mi hermano. Hoy es el primer día que paso en prisión y a pesar de estar encerrado me siento más libre que nunca. Puedo respirar el placentero aire de la plenitud porque he completado mi misión.

Podría empezar a contar mi historia copiando la primera frase de un buen libro de Maruja Torres: <<Hoy es el principio de mi vida>>; y es que siento con sinceridad que estoy empezando a vivir desde hace mucho tiempo.

Aunque hoy dormiré en una cama mucho menos confortable de lo habitual, tengo la certeza de que por fin podré descansar a pierna suelta tras largos meses de vigilia. Hoy digo adiós a mis pesadillas y sudores nocturnos.

De momento lo que os puedo decir es que estar aquí no es para mí un castigo sino más bien una penitencia. Necesito redimir mi culpa y no sólo por haber matado a alguien de mi propia sangre. Necesito apagar mis remordimientos y, sobre todo, lo que más necesito es olvidar. Como se suele decir: pasar página.

He estado los últimos meses tramando mi plan y ultimando detalles para dejar todo bien atado; y en ese tiempo, que se me ha antojado eterno, lo que siempre deseaba era encontrarme por fin en la cárcel, ya que eso significaría que todo habría terminado. Por eso hoy tengo una mirada distinta, reluciente. Hoy me siento más alto, más grande y mucho más fuerte.

Me encuentro de pie inspeccionando esta habitación que me envuelve como una gran burbuja y me parece más acogedora de lo que esperaba. En cuanto sepa si puedo decorarla con posters, fotos, y demás objetos personales, y le pida a mi hijo que me traiga mis preciados libros, crearé un ambiente mucho más cálido. Pero por ahora pienso que no está del todo mal, sé que podré acostumbrarme rápido. Es similar a las habitaciones que alquilaba en pisos compartidos con desconocidos, con los cuales no tenía nada que ver. Esta fue una táctica más que usé para tener a mi víctima controlada a mi antojo y poder así tramar su muerte. En el fondo me resultaba deleitable desconcertar a mi fraternal enemigo cuando le observaba en la distancia, sin que él pudiese sospechar su espantoso final. Además viviendo con mi hermano hubiese sido todo más rápido ya que viéndole a diario no hubiese soportado las ganas de asesinarlo; pero de esta forma no hubiese habido tortura. Y la tortura era también necesaria para calmar mi malestar.

Miro el conjunto de la habitación y me gusta la distribución de las cosas: una cama pequeña a la derecha, una mesa de escritorio justo enfrente y, al fondo, como por arte de magia, simulando una puerta de embarque, tengo la ventana que me permitirá viajar a lugares insospechados. Doy unos cuantos pasos, coloco mi cabeza entre dos barrotes y observo el amplio patio de esparcimiento. Me quedo un rato embobado con el panorama y sin darme cuenta me sumerjo en mi primera escapada.

Igualmente estoy con mi cabeza metida entre dos rejas mirando por la ventana, aunque ahora tengo cinco años y me hallo en una habitación mucho más grande y llena de vida. Rememoro el olor de aquella casa, el olor a familia, a mi madre cocinando un potaje, y a mi padre arreglando un par de zapatos viejos que le había traído la panadera del pueblo. ¡Cómo me fascinaba el trabajo de mi padre! Ver aquellas suelas demacradas y cómo, con un poco de paciencia, se convertían en resistentes calzados. Volvían a nacer, resurgiendo de sus cenizas.

Entre maravillosas especias y fuertes betunes descubría a cada segundo el olor de mi hogar.

Era una calurosa mañana de verano en la que como muchas otras, yo no tenía nada que hacer. Pasan unos minutos en los que sigo con la vista perdida en el horizonte hasta que llega mi hermano por detrás y me toca la espalda. Le miro y su sonrisa me contagia de una felicidad inexplicable para un adulto. Entonces abre la mano y me muestra unas chapas que ha conseguido a saber cómo. Rápidamente y sin mediar palabra salimos al patio de la casa a jugar. Nos entretuvimos bastante haciendo los caminos del circuito: rampas, subidas, bajadas, baches… Puede que invirtiéramos más tiempo en esta labor que en la propia carrera, pero no nos importaba ya que en el fondo también nos divertía; era parte del juego. Cuando quisimos empezar las carreras mi madre nos llamó para ir a poner la mesa.

En mi casa siempre mi hermano y yo teníamos que colaborar con las tareas, era algo que se cumplía a rajatabla. Además comíamos siempre juntos porque según mi madre era una manera de estrechar lazos y de compartir algún momento en armonía; aunque realmente yo no recuerdo las comidas como el mejor momento de concordia en mi familia. Normalmente mi padre se quejaba de algún aspecto culinario que al parecer le debía fastidiar la existencia: la comida muy fría o excesivamente caliente le privaba el gusto de percibir algún anhelado sabor, la cantidad justa de sal era también papel fundamental para amargar algún plato, o simplemente mi querido hermano que tardaba en comer más de lo esperado.

Después de zamparnos un gran potaje, que me hizo sentir más atrozmente el calor de la época del año en la que nos encontrábamos, mi padre se tumbó conmigo como cada tarde a leerme un relato. Siempre decía que el amor por la lectura sería el mejor legado que me podría dejar.

Normalmente me encantaba escuchar aquellas historias pero en un día como hoy, en el que tenía a mi hermano esperándome con un circuito de tierra construido con suma paciencia, estar en el sofá con mi padre me parecía una pérdida de tiempo. Le oía con rigor para no molestarle, pero mi cuerpo se revelaba y sin ser consciente mi pierna empezó a bailar a un ritmo frenético. La verdad es que no me estaba enterando de nada de lo que me contaba, aunque intentaba disimularlo asintiendo con la cabeza. Como mi padre tenía un sentido adicional para intuir todo lo que le pasaba a su prójimo, rápidamente se percató de mi falta de interés. Aquello se lo tomo como un gran desprecio pero me dejó marchar, habiéndome echado antes una buena reprimenda. De poco me importaba a mí aquella regañina aunque, si en aquel momento hubiese sabido lo que mi comportamiento desencadenaría, estoy convencido de que hubiese logrado engañar a mi padre haciéndole creer que me interesaba su historia tanto o más que mis infantiles diversiones.

Me marché sin darle la mayor importancia y a los pocos minutos ya lo había olvidado y estaba feliz de saltar los socavones de tierra con mi chapa. Echamos tres carreras en las que mi hermano fue el vencedor, y eso que yo me había esforzado en ganarle incluso haciendo trampas. Eran pocos los juegos en los que yo pudiera superarle y esto era algo que admiraba en él. Siempre triunfador, siempre victorioso. Lo quería, lo admiraba y en mi ignorancia deseaba ser como él. A veces creo que llegaba a imitarle porque de esta manera no solo me sentía como él, sino que además le tenía a mi lado allá donde yo me encontrase. Era una forma de notarlo cerca.

Después de haber jugado toda la tarde llegó la hora de la cena y fue mucho más áspera que la comida de aquel día. Las quejas de mi padre llegaron a un límite que yo nunca había conocido. Estaba realmente malhumorado por mi ofensa de aquel día y a mí no se me ocurría nada para mejorar la situación; por lo que permanecí callado durante toda la horrible velada, tragué los trozos de comida que había en mi plato casi sin masticar y me fui a la cama tan rápido como pude. Una vez allí intenté pensar en cosas agradables aunque era muy difícil conseguirlo escuchando la voz cada más estridente de mi padre. Me imaginaba a mi madre y a mi hermano mirándose mutuamente cómplices de la situación, y me sentía un poco traidor al haberles dejado abandonados allí cuando yo era el autor de los hechos. Me vi temeroso en mi cama y de nuevo admiré a mi hermano, que siempre aguantaba el tipo. Esa clase de actos le ofrecía cierta preeminencia con respecto a mi madre.

No sé cómo entre tanta niebla llegó a mi mente la imagen de una amiga mía de clase y me hizo arrinconar todo lo que estaba aconteciendo en mi casa. Creo que fue gracias a ella que logré conciliar el sueño.

Cuando ni siquiera llevaba media hora de descanso me sobresaltó un grito de mi madre. Con los ojos abiertos de par en par me acerqué a la puerta de mi cuarto y saqué la cabeza lo justo como para no ser descubierto. Mi padre estaba más cabreado aún que antes de dormirme y tenía a mi madre cogida por el cuello. Me quedé paralizado sin poder mover ni un solo ápice de mi pesado cuerpo, rígido y duro como una estatua. Mi hermano la defendía como podía y esto cada vez molestaba más a mi antecesor. Sin pensárselo un instante se quitó el viejo cinturón herencia de mi abuelo, que a pesar de los años que tenía lucía un brillo especial gracias a los cuidados de mi padre. De un tirón desnudó el torso de mi bella madre y bajó a mi hermano Víctor los pantalones. A empellones los tiró contra la esquina del salón y empezó a mover el cinturón como si de un látigo se tratase. Tras un angustioso y largo rato, cuando ya se encontraba fatigado, tiró al suelo la improvisada arma y se marchó donde solo él sabe.

Yo me quedé mirando la estampa: dos de mis tres seres más querido abrazándose y llorando, unidos por la tragedia. No sabía qué hacer y tenía tanta vergüenza y asco de mi cobardía que no me atreví a salir.

A la mañana siguiente cuando bajé sin más remedio a desayunar, me quedé asombrado del espectáculo que tenía delante. Excepto por alguna mueca puntual de mi hermano nada hacía sospechar que éramos la mejor familia del mundo. Para mí todo aquello era un ambiente extraño, aunque al poco tiempo agradecí que mi vida siguiera siendo normal.

De pronto la voz de un joven chistando me trajo a la realidad. Miré el patio de la cárcel y noté que había anochecido bastante. A pesar del horrible recuerdo que acaba de revivir tenía una sensación agradable, quizá por la nostalgia de la infancia. Acordarme de mi hermano en aquellos años en los que estábamos tan unidos me dejó un buen sabor de boca.

Al parecer era la hora de cenar y aquel muchacho al verme tan abstraído había decidido avisarme. Bajamos juntos al comedor y así empecé a empaparme de cómo funcionaba todo allí: me contó las horas de comidas, las horas en las que se podía salir a jugar, las visitas…Quedé satisfecho con la información que me había facilitado a pesar de que no supo decirme cómo podría matricularme en derecho, una carrera que siempre había querido hacer y que ahora me proponía como meta factible ya que iba a tener bastante tiempo. Por lo menos me explicó todo lo que en ese primer día necesitaba saber y me dio referencias para seguir investigando sobre el tema de mis estudios. ¡Quién me iba a decir a mí que con cincuenta y cinco años de edad iba a coger los libros de nuevo! Era algo que me ilusionaba realmente y me hacía sentir especial. Un abogado asesino; sonreí en mi interior ya que me resultó algo cómico ese pensamiento. Parecía un personaje sacado de una película de las que ponen en la televisión los domingos después de comer.

Pasé con el chico las últimas horas de aquel día y, a pesar de ser poco tiempo el que estuvimos juntos, se notaba complicidad absoluta. Cogimos mucha confianza y hasta parecía que fuésemos amigos desde hace años.

Era un tipo curioso que no paraba de hablar. Me explicó que había entrado en prisión hacía pocos meses porque le habían pillado con droga. Era una mula o un mulero, o algo así, no me enteré bien de toda la clase magistral que me dio sobre el tema. El caso es que iba a hacer un viaje con droga encima para sacarse unos 3.000 euros y al parecer no pasó la aduana.

Poco después de contarme toda su historia, me preguntó por la mía.

* He matado a mi único hermano- le respondí.
* Venga ya, dime la verdad. Tú no tienes cara de asesino, pareces buen tipo.
* Esa es la única verdad, he matado a mi hermano- insistí yo con tono simpático agradeciendo el cumplido que me había hecho.
* Sigo sin creérmelo pero en cualquier caso por qué lo hiciste.

Entonces me quedé callado. Me di cuenta de que aún no estaba preparado para contarlo y fue justo en ese momento cuando decidí escribir este libro. Quizá esta nueva vía de escape se convierta en una terapia para cicatrizar las heridas. Intentar plasmar mis sentimientos y así poder sacarlos un poco de mi interior. En aquel momento le contesté:

* Si sabes leer y tienes paciencia algún día te daré un libro para que al final descubras por qué me convertí en fratricida. ¿Te atreves?